

ALVARO GUTIERREZ

Steampunk 1998:

EL JARDIN

DE RELOJERIA



¿Qué es lo que quieres, Ellanor? Pídelo, y tu padre lo conseguirá. Si no existe, lo construiré. Y si no es posible... Bueno, nada es imposible para tu padre.

Se niega a vestir de luto. No ha sabido darle una razón, y Allward Copper, su guardaespaldas, no ha querido forzarla a responder. Es su decisión, y la familia Molette nunca ha sido conocida por el apego a la tradición. ¿De qué sirve uno u otro color para expresar la pérdida?

No quedan ya sirvientes en la cavernosa mansión, que ha perdido todo lustre con la partida de su amo. No hay movimiento en la cocina, ni les invade el olor a pan recién horneado que acostumbra a aparecer a tempranas horas de la mañana. No hay colada de fresco olor e impoluto blanco agitándose al viento de otoño en las cuerdas. No hay mayordomos limpiando la hojarasca reseca que ensucia el jardín.

Un jardín único, como el fallecido Gérard Molette, el infame genio conocido como “le Fou Chevalier”. Alrededor de los dos presentes se desarrolla una pantomima de vida: libélulas y escarabajos vuelan, posándose en flores que giran lentamente sobre su eje. Hay rosas y azaleas de vivas tonalidades, hechas ambas de colorido cristal, que relucen al sol. El apagado tono que las empaña ahora

no es sino un reflejo de la mansión que decoran, que también ha perdido su brillo. Filigranas de oro y cobre rodean los tallos en una burda imitación de naturaleza, que acaban uniéndose a grandes árboles de latón pulido y brillante como un espejo.

Un jardín de relojería, al que la muchacha ha decidido no volver a dar cuerda.

Poco a poco los mecanismos de escape terminan su recorrido, y con el fin de la cuerda llega el final de la actividad y la energía de cada autómeta.

Uno de los peculiares juguetes, con la forma de un gato juguetón de aspecto travieso, se acerca y se estira muy lentamente, hasta que queda completamente inmóvil. No es el único: la jirafa parece estar olisqueando las flores, y el cocodrilo que paseaba a sus anchas da la impresión de haberse detenido a tomar el sol. Uno a uno se paralizan, mientras ella aprieta la llave que les saca de su letargo contra su pecho.

Y es probable que rondan vuestra cabeza preguntas sobre qué ocurre aquí. Así pues, presentaré lo sucedido sin cortapisas: la muchacha de hermosos bucles castaños que observa el

espectáculo de marionetas mecánicas por última vez es Ellanor Molette, la única hija del mencionado científico e ilustre figura. Si una de vuestras dudas cuestiona la razón por la que silenciosas lágrimas se deslizan a través de sus rasgos afilados y peculiarmente hermosos (peculiar siempre es la palabra para definir a cualquier Molette), sabed que la respuesta es que la muchacha llora por la reciente pérdida de su padre, pues no hace más que unas horas que ha descubierto su cadáver colgando de una viga en su despacho.

Aciago camino decidió tomar el inventor, y que la joven, ahora cabeza de noble familia, no logra comprender a qué se debe. En verdad la vida de su padre distaba de ser sencilla, teniendo que satisfacer demanda tras demanda del ejército o de la iglesia (ambas instituciones indistinguibles la una de la otra en el Gran Imperio de Europa), pero nunca pensó que él fuera tan desdichado como para quitarse la vida.

—¿Por qué, Allward? ¿Por qué lo hizo? —Escuchar su voz rota y quejumbrosa, tan diferente de la muchacha altanera e impertinente que tan bien conoce, rompe el corazón del hombre que permanece

junto a ella, apenas unos pasos por detrás. Se quita el bombín que trata de esconder inútilmente el salvaje cabello pajizo que se resiste a cualquier intento de ser sometido mediante aceite de masacar o cualquier gomina conocida. Los castaños ojos del hombre observan la espalda de la joven, incapaz de encontrar una respuesta a la pregunta. Cuando ella se gira y le atraviesa con esos ojos de verdoso jade, Allward mueve la boca, incapaz de pronunciar palabra. No tarda en desistir y desviar su mirada de Ellanor, que encara de nuevo el montículo de arena que marca la tumba improvisada que han excavado.

–Adiós, papá. –Las únicas exequias que recibe Gérard Molette son las palabras de su hija. Nunca le gustó la pompa y las formalidades, y su hija cree que estas dos palabras son suficientes.

El hombre decide darle unos instantes de intimidad, y rodea el jardín de la mansión que construyó el abuelo de la muchacha cuando la polución sobre París amenazaba la salud de todos los que allí vivían. Los desdichados trabajadores de casta baja se vieron obligados a encontrar forma de convivir con la sucia atmósfera que llenaba las casas de polvo y hollín y les ennegrecía los pulmones.

Mientras, los nobles de la época se establecían en parajes más limpios a las afueras de la ciudad. Y aun así, todavía al abrigo del cielo ocre nacido de la industria. Ellanor, y Gérard antes que ella, tuvieron la dicha de nacer en una familia poderosa, con recursos.

Pese a todo, al que se le juzgaba como el hombre más poderoso del Gran Imperio se quitó la vida. ¿Por qué? Sentándose en uno de los escalones de la entrada, el hombre cavila sobre lo ocurrido durante los últimos años, tratando de resolver un puzle del que parece haber perdido piezas.

Allward, por su procedencia, debería haber sido enemigo de la nación, y lo fue al principio. Pero por motivos que no vienen al caso se vio obligado a trabajar para Gérard Molette, y por razones que no comentará acabó contrayendo una deuda del tipo que no puede saldarse fácilmente: una deuda de honor. Dice mucho sobre él que crea que todavía tiene que equilibrar la balanza protegiendo a la hija del infame inventor.

Ese pensamiento le resulta desconcertante. ¿Protegerla de qué? Perdido en sus reflexiones, Allward saca un cigarro de su pitillera y lo enciende con aire ausente mientras continúa discurriendo.

La muerte del "Fou Chevalier" no puede ser achacada a una depresión psicótica. No por juzgarle cuerdo (uno no recibe en balde un seudónimo como "el loco caballero", después de todo), sino por la obsesión compulsiva que le carcomía: con experimentos y ensayos a medias, con tanta ciencia por hacer y tantas leyes de la física que romper, con tantas aberraciones de la naturaleza que crear y criar todavía, que se matara es impensable. Sí, Gérard estaba completamente loco, pero había método en su enajenación. Tampoco le importunaban problemas económicos. Su vida era sencilla, dentro de los estándares hedonistas y excesivos de la nobleza imperial. Los terrenos de la "Maison Molette" se limitaban al parque que rodeaba la mansión, incluyendo unas caballerizas reconvertidas en garaje y poco más. Y la residencia en sí no resultaba ostentosamente opulenta: alguna estatua en la entrada, cuadros de autores desconocidos decorando sus paredes... Nada que consumiera unas riquezas que hacían poco más que descansar en distintas cuentas de distintos bancos, bajo la propiedad de distintas identidades.

Con una exhalación que vacía sus pulmones del humo de la última calada, Allward lanza su cigarro a los lejos, tras cerciorarse de apagarlo arrugándolo contra el escalón que usa de asiento.

–Has sido un bastardo hasta el final. –No ve causas para que Gérard se ahorcara, y le maldice en un gruñido apagado por dejarle un enigma por resolver, y la responsabilidad de cuidar de su hija.

Se gira hacia Ellanor cuando el sonido de sus pisadas aplastando la broza que se extiende como una alfombra de bienvenida anuncia su llegada. No hay prisa alguna en su caminar, ni manchas de barro en su vestido ámbar con decoraciones florales en tonos terrosos o en sus zapatos, como cada vez que trabajaba en el invernadero. Ella siempre fue la “pequeña flor” de su padre, y el vestido es un guiño al cariñoso mote.

Allward supone que el duelo es distinto para cada persona.

–¿Tú qué harás? El resto del servicio se ha marchado ya. –Hay dolor en la voz de la joven dama cuando le pregunta sobre el futuro.

–Seguir a vuestro servicio, Molette. –Le gustaría pensar que es una decisión nacida de la lealtad, pero el guardaespaldas sabe bien que está atado a esta familia para bien o para mal.

–Trae el coche, entonces.

Una interminable peregrinación de gente anuncia su llegada a la ciudad, en tanto los “afortunados” que malviven en los suburbios necesitan fichar en la fábrica que el estado les haya asignado. Resulta casi imposible diferenciar a uno de otro, estando todos ellos vestidos con harapos manchados de un tono indefinido entre el polvo, la grasa y el aceite de motor. Se acumulan a ambos lados de la carretera, y caminan con aire desganado y miradas vacías. Todo por dos napoleones al día para comprar un poco de pan de ayer y un bistec tan gris como sus ropas. Dos míseras monedas hoy para poder sobrevivir y ganar otras dos míseras monedas mañana.

Y aun así, peor lo tienen aquellos cuya vivienda comparte vecindario con la industria. El incesante martillear de maquinaria y el aullido de las sirenas que anuncian el cambio de turno hacen el reposo imposible. El veneno que vierten las factorías al aire ennegrece piel y pulmones, dándole un nuevo rostro a la industria: demacrado, cetrino y enfermo.

Sacerdotes emplazados cada pocas farolas escupen el sermón matutino para quien quiera oír la habitual sarta de rezos y mensajes

de ánimo para la casta trabajadora. “Pilares”, los llama el clero. Dicen que el Gran Imperio de Europa, fundado por Napoleón el Conquistador, se sustenta en su trabajo y se nutre del esfuerzo de estas pobres almas. A ojos de Allward Copper, es una monstruosa maquinaria que devora el cuerpo y la vida de aquellos que no tienen más opción que entregarse al sucio abrazo de la cadena de montaje.

De ser posible, evitaría entrar a París por este camino, pero implicaría tomar un desvío de más de 10 kilómetros, y Ellanor no parece dispuesta a perder media hora para disfrutar de vistas menos deprimentes. Así, toman la Vía Reims hacia el distrito del templo, que contiene el barrio de los nobles y su comercio.

No hay conversación durante el viaje, dejando al guardaespaldas a solas con sus pensamientos. No puede evitar sentirse disgustado con su nación adoptiva al ver las desigualdades que separan a trabajadores de inventores (llamados “Capiteles”) y sus familias. Tras nueve años - nueve años sin un *fish'n'chips* decente, maldita sea - todavía le sorprende el rencor que repta por sus entrañas al desfilarse ante sus ojos tanta desdicha e infortunio. Su parte más

cínica le dice siempre que esto se debe al adoctrinamiento de su tierra madre: le educaron para odiar al Gran Imperio y todo lo que supone. Pero, ¿qué hay en este orden que no se pueda despreciar? Una vez que cruzan los grandes muros del distrito, todo cambia, reemplazando los oscuros ladrillos y los solares vallados por la hermosa arquitectura gótica radiante que caracteriza la ciudad. No, no todo: el cielo es el mismo, sucio de hollín y polvo, y tizado de carbón. Ocasionalmente se puede ver algún que otro zepelín que desciende de entre negras nubes dirigiéndose al aeropuerto “Comandante de Gaulle”. Las carreteras de la ciudad, frenéticas en su bullicio, hierven con carricoches. Pueden ver desde los lujosos DeDion-Bouton, con su característico chasis clásico de carro de caballos, hasta los nuevos Renault y su techo cerrado. Ellanor y Allward montan un diseño exclusivo creado por el propio Gérard, que toma prestado elementos de ambos, y destaca sobre estos tanto por su forma como por su estridente combinación de colores salmón y negro.

No tardan en llegar a la plaza que ejerce de acceso al banco, alojado éste en el interior de una catedral. No hay rótulos ni

indicadores para anunciar su emplazamiento, o para diferenciar el edificio de cualquier lugar de culto: sólo hay un banco en París, y sólo presta servicio a muy pocos. La dama baja del vehículo tan pronto como su compañero y chófer lo aparca, sin esperar a que él le abra la puerta como es costumbre.

–No puedo pasar la noche en la mansión... Hoy no. –Para cuando Allward alcanza a Ellanor, que ha cruzado la glorieta decorada con una estatua del “gran conquistador” con zancadas muy poco femeninas y dignas, ella ya está buscando un mostrador vacío en la descomunal sede de la banca. Al verse incapaz de encontrar un agente que la atienda, opta por atajar a uno de los empleados en su trayecto a otro lugar– Soy Molette...

El peso de su apellido parece ser suficiente influencia, haciendo que el funcionario cambie de rumbo e intención tras una breve reverencia sin necesidad de más explicación. Ellanor sonríe levemente ante el despliegue de atención, pero la forma en cómo acelera el paso hacia la única entrada del edificio dispara el pulido instinto de supervivencia de su guardaespaldas.

–Problemas. –Siguiendo al hombre con la mirada, Allward observa como le susurra algo a uno de los soldados imperiales apostados en la entrada del banco. Tomando a su protegida del brazo, empieza a caminar hacia el fondo del edificio, en dirección contraria a los militares, tratando de mantener su rostro imperturbable.

–¿Qué haces, Copper? –Ellanor, distraída en sus pensamientos, permanece ajena al recelo que demuestra su acompañante. Confiando en su criterio, la dama se deja guiar entre los cubículos.

–*Here comes the filth...*¹ –El británico murmura al ver que sus sospechas quedan confirmadas cuando el mismo oficial al que el empleado se dirigió empieza a seguirlos—. Ya me discutirás luego. Camina.

El soldado trata de mantener el paso rápido pero aparentemente tranquilo que mantiene la pareja, mientras esquivan a la multitud de escribas y oficinistas que van de aquí para allá realizando su labor. Al mismo tiempo, Allward baraja sus opciones, tratando de evitar una trifulca que no podrían ganar. De seguir en esta dirección no tardarán en llegar a la puerta de inspección, que no podrán cruzar

¹ Aquí viene la pasma...

sin haber entregado antes la pistola semiautomática que lleva en el chaleco...

El arma. Ese pensamiento dispara una idea en la cabeza del guardaespaldas.

–Estate atenta. Reúnete conmigo en el coche. –Murmura al oído de la muchacha, antes de soltarla y enzarzarse en un forcejeo con un trabajador cualquiera que tenía la desdicha de pasar a su lado–. ¡Cuidado! ¡Tiene un arma!

El estampido de un disparo al aire detona una carrera histérica de todos los presentes hacia la única salida existente. Allward libera al desdichado empleado, y trata de ignorar el remordimiento que le produce dejar al pobre bastardo en una situación tan desagradable, con un revólver aún caliente apuntando hacia el techo y una expresión de absoluta incredulidad en el rostro. El infeliz no tarda en acabar rodeado por múltiples soldados que encañonan sus bayonetas hacia él, boqueando de forma patética mientras trata de encontrar palabras para explicar el malentendido.

El guardaespaldas de Ellanor aprovecha la rugiente aglomeración de personas para escapar del banco. Para cuando llega al vehículo,

encuentra a la joven con brazos en jarras y un adorable mohín en su boca.

–Espero que tengas una explicación satisfactoria, Copper.

–Viene detrás de mí. Sube al coche. –Como invocado por las palabras del hombre, un estridente pitido de silbato irrumpe en la plaza, mientras varios guardias salen apresuradamente del edificio bancario en busca de nuestros protagonistas–. Parece que vuestro padre os ha legado alguna incómoda responsabilidad, Molette.

Ignorando el resto de protestas de la muchacha, Allward arranca el motor y pone tanta distancia entre los soldados y su protegida como le es posible.

Con un suspiro de alivio, Ellanor se deja abrazar por la muchacha que acaba de entrar en la salita de espera. No podían ser más distintas: de piel de porcelana y cabello dorado que mantiene trenzado, y ataviada con un largo vestido de encaje completamente negro - cuya falda es de una longitud escandalosamente corta -, contrasta con el atuendo amarillo de Ellanor y el aspecto maduro que le otorgan sus bucles castaños. A pesar de todo, ambas comparten edad y amistad desde hace ya años.

“Villa de Poignard”, rezaba el cartel de entrada a la gigantesca mansión, y la chica que expresa cariño tan efusivamente es Anaé, la hija de uno de los colaboradores de Gérard. El nombre del mencionado ayudante elude a Allward, que no consigue recordar más que el aspecto ratonil y el peinado en cortinilla que lucía, tratando de ocultar en vano su carencia de pelo.

—¡Qué dicha me produce verte, Ellanor! Tendrías que haber avisado que venías... ¡No tengo ningún pastelillo que ofrecerte! —La actitud de Anaé es empalagosa, tomando con ambas manos la palma de la joven Molette.

–Déjalo... –Ellanor está cada vez más taciturna, y el enredo que ha vivido en el banco no ha serenado su ánimo—. Anaé, mi padre ha muerto, y necesito tu ayuda.

La joven Poignard se cubre la boca con ambas manos, congelado su semblante en algún punto entre el terror, la tristeza y la sorpresa. Cogiendo por los hombros a su amiga, la fuerza a sentarse en uno de los sillones orejeros de tapizado rojo que decoran la estancia, y la vuelve a abrazar a continuación.

–Oh... Lo siento, “Elle”. Lo siento tanto... –Ambas damas se enzarzan en una conversación en voz baja, dando a entender que buscan algo de intimidad. Allward realiza una leve reverencia, dejándolas a solas para puedan ponerse al día. Supone también que Ellanor necesita hablar de sus sentimientos con una amiga, algo que no puede hacer con un sirviente, por mucha confianza que puedan compartir.

La puerta de la pequeña sala le devuelve a la ostentosa entrada de la casa, decorada con estatuas de blanco mármol y grandes tapices colgando de aún más grandes paredes. El mayordomo que anunció su llegada (y que dirigió una muy recriminatoria mirada al sencillo

atuendo del hombre) se ha retirado a algún lugar del cavernoso palacio, al no requerir sus servicios. Probablemente haya una campanilla en algún lugar para llamar su atención, y que le sirvan aunque sea un puñetero vaso de agua.

El silbido de una caldera llama la atención del guardaespaldas, que se gira justo a tiempo para ver una extraña construcción a medio camino entre un teleférico y un tren de vapor cruzando el elevado techo de la estancia con un gran saco colgando.

—Capiteles... —La palabra surge de sus labios como un noble pronunciaría “canarios”: con desprecio sin contener. En sus labores como escolta de Gérard ha conocido a muchos de ellos, y todos estaban cortados con el mismo patrón: arrogantes, geniales, e incapaces de mantener una conversación coherente. Parece que ser científico y padecer demencia son dos rasgos inseparables en esta nación.

Como otras tantas veces, pensar en las diferencias entre el Gran Imperio y su Camelot natal le sume en un estado melancólico. Camelot, la vieja Albión, el Reino Británico... Su hogar. Así como el Gran Imperio es una máquina industrial, Camelot lo es militar,

invencible en su superioridad aérea. La tierra donde hasta el soldado de menor rango es respetado y venerado. La nación destinada a...

–¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? –Una voz nasal arranca a Allward de sus ensoñaciones, viéndose frente a frente con el patrón de la familia, cuyo nombre sigue eludiéndolo, ataviado con una bata que sería blanca de no estar cubierta por innumerables manchas de aceite y unos gruesos guantes protectores enfundados, sosteniendo una máscara de soldar.

–Saludos, Monsieur Poignard. Acompaño a la señorita Ellanor Molette. En estos momentos está con su hija.

–¡Uh! ¡Camelotaíno! –Los años al servicio de Gérard y sus demencias no han borrado el acento inglés que empaña cualquier frase en alto imperial que pronuncia, y lo inesperado de encontrar un hijo de Albión en su hogar hace retroceder un par de pasos al inventor.

–Ya no. –Pronunciar esas dos palabras resulta tan doloroso ahora como cuando lo hizo por primera vez-. Estoy al servicio de los Molette, como le he dicho.

El hombre no parece muy convencido, observando a Allward con suma desconfianza, enarbolando su casco protector para usarlo como arma contundente de juzgarlo necesario.

–¡Anaé! ¡Hay un extraño en casa! –El taconeo de las dos muchachas, atraídas por el timbre de ansiedad en los gritos del investigador, resuenan en el vestíbulo cuando abandonan las alfombras de la salita.

–No es un extraño, padre. Es el criado de Ellanor. –La descripción que la joven Poignard hace de él le resulta ligeramente ofensiva, pero el guardaespaldas decide no quejarse por una vez—. Gérard Molette ha fallecido.– Resulta chocante el júbilo que tuerce la boca del inventor al conocer la noticia. Aunque no tanto como la siguiente frase de Anaé—. Déjale sin sentido, y átale. Es nuestra oportunidad de ganarnos el favor del Engranaje.

Para cuando el británico analiza el contenido de la orden, pronunciada con tal levedad y falta de amenaza, ya es muy tarde. Apenas sí tiene tiempo de girarse hacia el hombre y ver el casco de hierro a punto de golpearle en la cara.

Las voces levantan el velo que entumece sus sentidos y entorpece sus músculos, solo para encontrarse atado a una silla. Allward parpadea con dificultad, tratando de descifrar la imagen borrosa que empieza a perfilarse ante él.

–... creer que hagas esto después de toda la ayuda que mi padre le dio a tu familia. –Hiel y desprecio tiñen la voz de Ellanor, inmovilizada a su lado de forma similar. Destaca una marca enrojecida alrededor de la comisura de sus labios, al parecer causada por un pañuelo que ahora lleva anudado al cuello, pero aparte de esto no parece que le hayan hecho daño.

–¡Bah! No hizo más que aprovecharse de nosotros, obligando a papá a ceder todas sus ideas a su antojo. Nos convirtió en sus esclavos. ¡A nosotros! ¡"Le Fou Chevalier" era un tirano! –La ira que retuerce los rasgos de Anaé hace difícil reconocer a la muchacha de aspecto dulce e inocente que tantas veces había jugado con Ellanor. A unos pasos por detrás, Perig Poignard (en buena hora recuerda el nombre del científico) manipula matraces y viales con líquidos desconocidos.

–Encuentro difícil de creer que Gérard necesitara robarle ideas a un segundón. –Como si se hubiera despertado con resaca, Allward nota la lengua pastosa, y pronuncia lentamente y con dificultad. Vaya, hasta el dolor de cabeza es propio del día después de una borrachera–. El muy bastardo cagaba ingenio.

–Tu sirviente tiene la lengua muy larga y muy sucia, Molette. ¿Debería cortársela? –La actitud prepotente y malcriada de Anaé, que blande un gran cuchillo de cocina, enturbia cualquier rastro de belleza que mostrara antes la muchacha. Su voz ha perdido también el candor y el afecto que mostró durante los primeros minutos de la visita, resonando como un látigo en el pequeño laboratorio en el que Allward y Ellanor están cautivos.

–¡Ah, ah! ¡Esto ya está, ya está, Anaé! –El científico se gira, perdida su mirada en el ojo de la larga jeringuilla de la que gotea una sustancia ambarina, y que enarbola con reverencia–. No tardaremos en robarle a la hija todos los secretos del padre...

–¡Espera! Recuerda lo que pasó la última vez, papaíto... No nos podemos arriesgar a perderla. –Se gira hacia Allward con un rictus cruel en el rostro–. Pruébalo antes en el canario.

Perig se acerca hasta Allward, que intenta alejarse en vano arrastrando su asiento por el suelo. Las muñecas le hacen daño cuando intenta deshacer un nudo que se resiste a sus esfuerzos por romperlo, y finalmente deja caer los hombros, abatido.

–*Queen’s Bristols...*² Esto me pasa por abrir la boca...–Una pátina de sudor frío le empieza a cubrir el cuerpo, invadiéndole el pánico ahora que acepta que no tiene escapatoria.

–Oh, no hay de qué preocuparse... No es más que tiopentato de sodio y alguna cosita más para que tu cuerpo la absorba rápidamente y no desaparezcan los efectos en unas horas... –El inventor utiliza la jeringa con mano experta, introduciendo la aguja a través de la piel y derramando su contenido en el torrente sanguíneo del británico.

–*Sod off!*³ –Allward no deja de pelear aunque nota el fluido ajeno entrando en su cuerpo, forcejeando salvajemente a medida que

² Por las domingas de la reina...

³ “Déjame en paz”, dicho vulgarmente.

nota que su mente se aletarga de forma antinaturalmente rápida–.

*Oi! What did you do to me, bastard!?*⁴

Perig parpadea confuso a medida que su rehén continúa blasfemando y maldiciendo, a juzgar por su actitud y tono, porque pronuncia toda palabra en su inglés natal y no tiene forma de entenderle.

–¡Habla imperial, mastuerzo! –Anaé acompaña el insulto empujando su dedo índice contra el pecho del guardaespaldas, ganándose una mirada fulminante y llena de rencor.

–*The fuck does that mean? Ain't no compliment, that for sure*⁵. –A pesar de la rabia que deja entrever con cada palabra, un velo empieza a teñir de confusión los ojos de Allward a causa de los efectos de la droga entorpeciendo sus pensamientos.

–Necio, mentecato. –Ellanor, habiendo estudiado varios idiomas bajo la tutela de su padre, se ofrece a explicarle a Allward la palabra que no ha entendido.

⁴ ¿Qué es lo que me has hecho, bastardo?

⁵ ¿Qué coño significa eso? No es un cumplido, eso seguro...

–*Really? Do you think this is time for petty insults? Also, it's totally uncalled for!*⁶

–¡Te explico que significa “mastuerzo”, bruto sin clase! –La joven Molette, incapaz de controlar su frustración por más tiempo, arremete contra su compañero. Su intercambio no tarda en degenerar en lo que pasaría por una trifulca de barrio o una discusión de mercado, tratando de conseguir ventaja sobre el otro a base de hablar más y más alto.

–¡Basta! ¡Basta! –Anaé se interpone entre ambos, buscando atraer su atención para poner punto final a la infantil riña—. ¿Sabes dónde guardaba Gérard Molette sus secretos, o no?

–*Yes, of course i do!*⁷ –Sólo cuando la frase escapa de la garganta de Allward, incapaz de contenerse, se da cuenta el hombre que ha dado a la cruel Anaé una herramienta que pone a ambos en una situación aún más desesperada. Por un segundo espera que la chica no le haya entendido, pero al verla sonreír tras dejar escapar

⁶ ¿En serio? ¿Crees que es el momento para dedicarme insultos mezquinos? ¡Además, no viene a cuento!

⁷ ¡Sí, por supuesto que lo sé!

una carcajada llena de amargura y desprecio, el británico sólo puede mirar al suelo avergonzado ante su debilidad.

Haciendo una seña a su padre para que la acompañe fuera de la habitación, Anaé deja a ambos presos a solas con sus pensamientos, temiendo el destino que los Poignard les deparan.

Es noche entrada cuando dos brutos de aspecto descuidado les empujan sin miramientos, maniatados y amordazados, en la parte trasera de una furgoneta y les conducen de vuelta a la “Maison Molette”. Anaé y Perig les siguen en un vehículo con más clase, un carricoche untuoso con decoraciones plateadas que suena con el característico trotar y el ocasional silbido de un motor a vapor.

No hay nadie para contemplar este secuestro. Y si lo hay, nadie se atreve a alzar la voz. Este Gran Imperio es uno de sombras y conspiraciones, y la larga mano de la inquisición nunca está demasiado lejos para condenar a los enemigos de la nación.

A la luz de la luna, la “Maison Molette” resulta tan tétrica como su reputación... Dicen las malas lenguas que habitan monstruos entre sus muros. Esto no son exageraciones, ni metáforas del despiadado carácter del que Gérard hacía gala... Son muchas las creaciones del fallecido inventor, y las visiones de aberraciones y deformadas bestias han creado leyenda en estos terrenos, alejando a cualquier posible vecino o potencial comprador.

Sabiéndose amparados por la oscuridad y el solaz, los matones de los Poignard bajan a Ellanor y Allward de malas maneras, empujándolos hacia el caserón ahora abandonado, tras liberarles de los trapos improvisados a modo de bozal y esposas. Uno de ellos les encañona con una pistola, mientras el otro se cruje los nudillos en lo que intenta ser un despliegue de amenaza. Anaé parlotea de forma incesante, caminando detrás de los presentes, presumiendo de sus sueños como si ya se hubieran cumplido, mientras Perig ilumina el camino con una linterna de gas.

—Los Poignard ya no seremos segundones, seremos el nuevo liderazgo del imperio. Se hablará de nosotros en los sermones matutinos, para inspirar a otros inventores... ¡Padre, usted será la inspiración de todos los demás capiteles!

—Quizá durante una semana, o un mes... —Cuando cruzan las puertas de la mansión, Ellanor se gira para observar directamente a los ojos a quien llamaba amiga—. ¿Qué harás cuando se acaben las ideas de mi padre, y empiecen las exigencias de la iglesia?

—Cumplirlas, por supuesto. Mi padre es una de las mejores mentes del Gran Imperio.

–No tienes ni idea de lo que es... De la vida que os obligarán a llevar. Día tras día tendréis que cumplir demandas imposibles.. No encontrará descanso, no podrá dormir, y se pasará horas y horas buscando una solución imposible a cada problema. Eso le harás a tu padre, todo para satisfacer tu vanidad, para obtener un estatus social más elevado. –Ellanor firma su desprecio alzando el mentón de forma orgullosa–. Hasta que otra “amiga” te haga lo mismo que tú me has hecho a mí, traicionándote cuando la necesites.

–Sí, cariño. Soy mala malísima. –Anaé sonríe, juguetona, y abofetea a la joven dama que se atreve a replicarle–. Es la ley de la jungla, Ellanor. Y tú has sido devorada. –Sacando un pequeño revólver de mano del bolso que cuelga de su antebrazo, le apunta a la cabeza, y mira a Allward con altanería–. Vale, canario. Dinos dónde guarda Gérard todos sus documentos.

–Arriba. En su despacho. –Allward parece mareado, su caminar ligeramente errático. Aunque la mayor parte de la droga ya ha desaparecido de su cuerpo, los efectos parecen persistir, haciéndole imposible negarse a dar respuesta a cualquier pregunta.

Respondiendo a un gesto de su hija, Perig empieza a subir la escalera que lleva al segundo piso de la mansión, agarrándose al pasamanos de hierro con ornamentos florales. Espoleados por los silenciosos gorilas, Ellanor y Allward se ven obligados a seguirle.

Y es gracias a la complacencia que parece haberse apoderado de los Poignard y sus secuaces que el guardaespaldas británico logra empujar a uno de los matones contra Anaé.

—¡Ellanor, corre! —Nauseabundo y lento de reflejos, Allward no logra esquivar el puñetazo que el segundo esbirro le propina en plena boca del estómago, poniendo fin a su rebeldía mientras se dobla de dolor. Temiendo haberse quedado corto, el matón sin nombre decide darle varios golpes más de propina, aplacando así cualquier desafío que tuviera guardado. Es vagamente consciente de un forcejeo a su lado, y para cuando es capaz de sostenerse de pie por sí mismo, su protegida ha desaparecido. En su lugar ve una Anaé de rostro histérico, sosteniendo un trozo de tejido amarillo que no hace mucho formaba parte de la falda de Ellanor.

—Da igual que huya, de poco me sirve su cara bonita. —Su sonrisa es peligrosa, desprovista de felicidad. Enseña los dientes como lo

haría una depredadora, mientras coloca un dedo índice en la frente del guardaespaldas—. Lo que necesito está aquí... ¡Vamos!

Llegan al despacho del fallecido "chevalier" sin más incidentes, y sin ánimo de causar más. Dócil y sumiso, Allward retira varios tomos que contienen papeles arrugados y guardados sin concierto en su interior, depositándolos sobre la mesa.

—Aquí están. Toda la librería contiene sus investigaciones.

Perig se apresura a abrir los diversos tomos tras empujar al camelotaino fuera de su camino sin ambages, devorando su contenido. La expresión de alegría en la cara del científico no tarda en agriarse, lanzando el libro que sostiene contra la pared en un acceso de rabia.

—¡Esto es inútil! ¡Está todo cifrado!

—¿Y qué te esperabas? —Allward deja escapar una risilla, sentándose en el suelo tras haber aterrizado de forma incómoda tras el atropello de Perig. Con toda la calma del mundo, abre su pitillera y deposita uno de los cigarros en sus labios, tratando de encontrar el mechero entre sus bolsillos—. ¿Acaso dudabas que

alguien llamado "le Fou Chevalier" sería menos que paranoico con quién pudiera leer sus investigaciones?

–¡Silencio, canario!

–¿Alguien más oye eso? –Sorprendiendo a los presentes al demostrar suficiente inteligencia para hablar, uno de los matones revela un extraño ruido de fondo que aumenta de intensidad poco a poco. Los Poignard y sus secuaces miran alrededor desorientados, intentando encontrar el origen de tan peculiar sonido, mientras Allward se esfuerza en no reírse.

–No sé qué demonios te divierte, escoria... –Anaé se acerca al guardaespaldas con grandes zancadas y apoya su zapato de tacón en el pecho del hombre, haciéndole caer al suelo de nuevo—. ¿Qué es eso que suena?

–El arma definitiva de Gérard Molette, por supuesto. –Las palabras de Allward roban el color del rostro de la joven, que se gira hacia sus esbirros.

–¡Encontrad a Ellanor! ¡Ahora! –Los gorilas se apresuran a cumplir las órdenes de la hermosa déspota, quedando en la habitación padre, hija, y rehén, compartiendo un silencio que se hace eterno.

Prestando atención a ese extraño sonido, Anaé apunta su pistola directamente al británico, desalentando cualquier intento de escapar que pudiera pasar por su cabeza—. No nos dijiste nada de un "arma definitiva"...

—Da igual cuánto me hayas drogado, no soy uno de tus juguetes, niña. —La joven abofetea al británico, que aun así se las arregla para componer una sonrisa desdeñosa. Perig, ajeno a la trifulca, investiga las libretas y carpetas del despacho, con la esperanza de encontrar alguna pista que le ayude a romper la clave de los documentos de Gérard. Durante largos minutos nada ocurre, invadida la estancia únicamente por el pasar de páginas, y el incesante ruido a medio camino entre un ejército de insectos y el gemir de cañerías oxidadas.

Rasga el aire el grito de un hombre, una expresión de terror puro, seguido de varios disparos. Los Poignard se miran entre ellos, mostrando el miedo en sus rostros sin cortapisas.

—No pue... —La frase de Perig queda interrumpida por un segundo alarido, teñido éste de dolor, seguido por el estampido de varios disparos. Anaé encañona su arma hacia la única puerta de la

habitación, temblando su pulso mientras alterna su atención entre el pasillo a oscuras y el demente Allward, que pelea por contener sus carcajadas todavía bajo el efecto del extraño narcótico.

La situación no tarda en repetirse, un nuevo berrido de dolor y agonía rompiendo la tensa atmósfera de los presentes, esta vez del otro músculo a sueldo a juzgar por la diferencia de timbre.

–Se acabó. No pienso quedarme aquí sentada. Nos vamos, papá. –

No importa cuánto intente Anaé mantener su compostura: el sudor frío en su frente, el tic de morderse el labio nerviosamente y su mirada inquieta revelan que está muerta de miedo. Perig se afana a recoger varios cuadernos de los que juzga más importantes y, tomando a Allward del brazo, se apresura a bajar las escaleras del edificio, seguido de cerca por su hija. Tan pronto como pisan el recibidor de la mansión se paran en seco, viendo a través de la entrada el cadáver boca abajo de uno de los sicarios, tumbado sobre un charco hecho de su propia sangre que crece poco a poco.

–Oh, mierda, mierda... ¡Mierda! –Anaé, histérica en su hablar, coge al británico por la pechera–. ¡Otra salida, tiene que haber otra salida! ¿Dónde?

–Por la cocina, sale al jardín... –Zarandeado como un muñeco, los Perig empujan a Allward a modo de escudo humano. A medida que se acercan a la salida de servicio el extraño zumbido aumenta, pero en su pánico no parecen darse cuenta hasta que cruzan el umbral. Se revela ante ellos una visión de fantasía, más digna de una feria que de un hogar noble. Decenas de pequeños autómatas de relojería funcionan de forma ensordecedora, habiendo cobrado vida el jardín de relojería de Gérard. Animales de latón y cobre caminan ante los recién llegados, resonando sus patitas contra el suelo, e inundando el aire con el sonar de sus mecanismos en tal cacofonía que se confunden unos con otros, creando el extraño zumbido que oían.

–¿Qué demo..? ¡Tú! –Anaé observa apabullada el despliegue de ingeniería, hasta que repara en Ellanor sentada en las ramas de uno de los árboles metálicos con las piernas colgando. En sus dedos sostiene la peculiar llave que ha dado vida a los juguetes mecánicos, vistiendo su boca una mueca burlona e insolente. La joven Poignard levanta su arma hacia ella, torcido su hermoso

rostro en una máscara vengativa y fría—. Deberías haber usado ese "arma definitiva" antes de que pudiera verte, Molette.

—Mi perrito quiere jugar contigo. —Señalando con un dedo hacia un lateral, Ellanor no parece tener miedo a la pequeña pistola de la que fue su amiga. Miedo, sin embargo, es lo que deforma la expresión de Anaé cuando una bestia de pesadilla, a medio camino entre un pitbull y un gorila se abalanza sobre ella.

El patio se llena de alaridos y otros horribles sonidos fruto del forcejeo de la joven con la aberración alquímica, tratando de aplazar su inevitable conclusión. Perig corre al auxilio de su hija, en un encomiable acto de valor que de poco sirve a la larga. Decían las malas lenguas que monstruos habitaban la Maison Molette, y estos rumores no eran fruto de una imaginación desbocada, pues para Gérard Molette la madre naturaleza sólo era otro juguete. No encontraba perros guardianes que tuvieran la ferocidad y despiadada inteligencia que deseaba, así que los creó él mismo.

Allward, conocedor de lo que son capaces estas bestias, no pierde el tiempo: recoge del suelo el revólver que Anaé ha dejado caer, y corre al árbol en el que Ellanor se refugia, escalando y poniéndose

a salvo de la hambrienta rabia del horrible mastín. La muchacha trata de mantenerse digna, alejando su mirada del cruento espectáculo que se desarrolla tan cerca, pero temblando visiblemente. Afortunadamente, la agonía de Anaé no se prolonga demasiado, y su padre cae bajo las fauces del guardián sin apenas resistencia, dócil ante este destino. Alzando la cabeza hacia el cielo y aullando como lo haría un lobo, el cazador se aleja, sangrando visiblemente por varias heridas en el pecho: parece que los matones presentaron más resistencia que los Poignard.

–Parece que ha quedado saciado... Aunque se le indigestará la comida. ¿Estás bien? –Allward le dirige una mirada preocupada a su protegida, sabiendo que la muchacha tiene verdadero pánico a los perros depredadores que creó su padre.

–Lo estaré. ¿Qué era eso de un "arma definitiva"? –La entereza que demuestra la última Molette ante la pesadilla que han vivido habla del férreo carácter de la joven.

–Ah, está claro que eres la invención definitiva de "le Fou Chevalier", Ellanor. Desde luego, eres el logro del que estaba más orgulloso. –La joven sonríe ante las palabras de su

guardaespaldas—. Creo que, en el fondo, echaré de menos al viejo bastardo.

Sonriendo ligeramente, la joven golpea sin ambages el hombro del británico ante tal falta de respeto. En silencio, observan el caserón bajo la tenue iluminación que precede al amanecer.